

LA CRISIS DE REPRESENTACIÓN EN LOS PAÍSES ANDINOS Y EL «VIRAJE A LA IZQUIERDA»: ¿HACIA UNA RENOVACIÓN DE LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA?



MARTÍN TANAKA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

En este trabajo,¹ de naturaleza exploratoria, analizo los problemas de representación política en los países andinos en el contexto del agotamiento de las políticas neoliberales, y su expresión en el «viraje a la izquierda» ocurrido en los últimos años. Los nuevos gobiernos de izquierda plantean refundar los regímenes políticos a través de nuevas constituciones, consagrando diversas formas de democracia participativa y directa. ¿Estamos ante una renovación de la representación política o ante nuevas formas de plantear el problema de la representación? Aquí sostengo que se trata más de lo segundo. Las nuevas fuerzas de izquierda deben enfrentar cuando menos tres grandes dilemas irresueltos: el primero opone una lógica «clasista» tradicional a una nacional-étnica; el segundo opone la lógica del movimiento social con la del movimiento político; y la tercera, la apuesta por formas de democracia directa con las lógicas propias de la democracia liberal representativa. Finalmente, sostenemos que la experiencia sugiere que el camino más provechoso en términos de mejoras en la representación política, es aquel en el cual la democratización de los sistemas políticos sigue una lógica basada en el protagonismo de actores políticos y sociales (no en liderazgos personalistas), y en la consolidación gradual de las instituciones democráticas (no en una refundación que acabe con los equilibrios y el pluralismo inherentes a todo régimen democrático).

1. Este documento está basado en el memorándum presentado en el seminario «Left Turns? Progressive Parties, Insurgent Movements, and Alternative Politics in Latin America», University of British Columbia y The Simon Fraser University, Vancouver, Canadá, 25-27 de mayo de 2007; también en ideas presentadas preliminarmente en Tanaka, 2006a.

LOS PROBLEMAS DE REPRESENTACIÓN Y EL VIRAJE A LA IZQUIERDA

Los países andinos estuvieron sometidos a grandes tensiones en el contexto del agotamiento del modelo nacional-popular estatista (Garretón y otros, 2003), la aplicación de políticas de ajuste y la adopción de modelos orientados al mercado, que determinaron una «coyuntura crítica», un momento histórico plástico cuya resolución ha tenido consecuencias de largo plazo (Collier y Collier, 1991). En este marco, las fuerzas políticas de izquierda sufrieron duros reveses, siendo el más elocuente el sufrido por la Unidad Democrática Popular (UDP) en Bolivia. Luego, la aplicación de políticas de corte neoliberal a lo largo de la década de los años noventa debilitaron a las fuerzas de izquierda, incapaces de consolidar alternativas propias, como el Movimiento al Socialismo (MAS) o La Causa Radical (LCR) en Venezuela, el M-19 en Colombia, el Movimiento Democrático Popular (MPD) en Ecuador o la Izquierda Unida (IU) en Perú. Así, en la década pasada, en los países andinos, las fuerzas de izquierda parecían condenadas a la marginalidad política, sometidas por programas de reforma neoliberal capaces de concitar un importante apoyo en la población, expresadas en fuerzas que combinaban neoliberalismo y prácticas neopopulistas, como durante el liberalismo en Colombia durante la gestión del Presidente Gaviria (1990-1994), el fujimorismo en Perú (1990-2000), o durante la primera gestión de Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997) en Bolivia.² En Ecuador y en Venezuela las reformas neoliberales nunca llegaron a tener un momento de hegemonía equivalente al de los otros casos; sin embargo, ellas también lograron ser aplicadas, y cambiaron sustancialmente la economía de sus países, particularmente durante los gobiernos de Sixto Durán (1992-1996) y Gustavo Noboa (2000-2002) en Ecuador y de Rafael Caldera (1994-1998) en Venezuela.³

Esto no quiere decir que durante esos años no hubiera habido también serias manifestaciones de descontento y protesta social, y problemas de representación: las políticas neoliberales tuvieron altos costos sociales y minaron la legitimidad de las instituciones democráticas. Sin embargo, no fueron necesariamente fuerzas de izquierda las que capitalizaron ese descontento, sino líderes y movimientos «independientes» con discursos de tintes populistas y antisistémicos,

2. Sobre el neopopulismo, véase Roberts, 1995, y Weyland, 1996, entre otros.

3. Véase al respecto Morley, Machado y Pettinato, 1999.

o *outsiders* que denunciaban al orden político «tradicional»: ejemplos de ello los podemos encontrar en los liderazgos de Rafael Caldera en Venezuela en las elecciones de 1993, Antana Mockus en Colombia, Freddy Ehlers en Ecuador, Alberto Andrade en Perú, y movimientos como Conciencia de la Patria (CONDEPA) y Unión Cívica Solidaridad (UCS) en Bolivia.

En esta etapa, que cubrió la década de los años ochenta y parte de la de los noventa, según los países, los países andinos intentaron responder a los problemas de legitimidad que enfrentaron con una lógica de reformismo institucional: reformas constitucionales que ampliaron el reconocimiento de derechos de sectores excluidos; reformas electorales que buscaron abrir espacios a la participación de nuevos actores sociales y políticos; políticas de descentralización del Estado, entre otros. Por medio de estas iniciativas, algunos actores buscaron también ganar espacios en la competencia inter e intrapartidaria; el reformismo institucional resultaba un camino atractivo dado que políticas de integración populista más tradicionales eran casi imposibles, en contextos de severas restricciones fiscales y de aplicación de políticas de ajuste estructural. A lo largo de la década de los años noventa, algunos países no pudieron continuar por el camino de reformas institucionales graduales, por la irrupción de *outsider* antisistema (Perú con Fujimori y Venezuela con Chávez), básicamente resultado de gruesos errores cometidos por los actores políticos, mientras que otros continuaron por ese camino, al menos hasta finales del siglo pasado (Bolivia, Colombia, Ecuador).

El seguir cada uno de estos caminos tuvo consecuencias importantes: en los dos primeros casos lo que sustituyó al sistema de partidos entonces vigente fueron regímenes autoritarios (el fujimorismo y el chavismo), que si bien ampliaron espacios participativos y se legitimaron con una retórica populista y contraria al *establishment*, debilitaron en extremo las instituciones democráticas y la competencia política; mientras que en los otros casos, en medio de recurrentes crisis y problemas de legitimidad, los actores principales abrieron los sistemas políticos, lo que permitió la expresión de sectores sociales y políticos hasta ese momento subordinados en contextos pluralistas. Estos importantes avances suelen pasarse por alto en muchos análisis de los países andinos, en los que predomina la idea de países inmovilizados dentro de recurrentes crisis de gobernabilidad, con un sistema político simplemente caótico (Tanaka, 2006b).

Desde 1998, la región en su conjunto atraviesa nuevamente por una coyuntura crítica, cuya resolución tendrá también consecuencias

importantes de mediano y largo plazo. Esta vez no se trata del agotamiento del modelo nacional-popular estatista, sino del agotamiento de las reformas neoliberales implementadas en la década de los años noventa como respuesta a aquél, y de cambios en la economía mundial que impactaron fuertemente en nuestros países;⁴ esto limita significativamente las opciones disponibles y dificulta la acción de los gobiernos y actores políticos. Según datos de Ocampo (2003), la tasa de crecimiento promedio anual del PIB per cápita en América Latina evolucionó de la siguiente manera: en el periodo 1950-1980, creció en 2,8%; en 1980-1990, decreció en -1,0%; en 1990-1997, creció en 2,0%; y en 1998-2002, volvió a decrecer en -0,2, por lo que a la «década perdida» de los años ochenta habría que sumar ahora una «media década perdida». No se trata de una simple crisis pasajera, después de la cual viene una recuperación: se trata del agotamiento del programa de reformas propugnado por el Consenso de Washington, al menos en lo que varios autores han llamado la «primera generación de reformas».⁵ Como sea, el asunto es que la ciudadanía en nuestros países se halla ante lo que diversos autores han llamado apropiadamente una «crisis de esperanza»: el problema no es solamente un modelo en crisis, sino la inexistencia de modelos de desarrollo y propuestas atractivas, por lo que cunde en la ciudadanía una gran insatisfacción con el funcionamiento de las democracias, y una profunda falta de confianza en el conjunto de los sistemas políticos, instituciones, partidos, incluso en la viabilidad de nuestros Estados-naciones.⁶

Según datos del *Latinobarómetro*, tenemos que el promedio de ciudadanos satisfechos con la democracia en sus países cayó de casi 40% a un 25% entre 1997 y 2001.⁷ La ausencia de respuestas claras a esta renovada ola de descontento no sólo se da en el plano de la economía, también en el de la políticas: después de la ola de reformas del

4. Considerar las crisis del Asia entre 1997 y 1998.

5. Véase, por ejemplo Kuczynski y Williamson, 2003; Wise y otros, 2003.

6. Hausmann (2003) habla de «la crisis de esperanza» de América Latina. Es interesante recordar que el libro de Edwards (1995), escrito en el contexto de las expectativas que despertaban las reformas estructurales, hablaba del paso de la «desesperación a la esperanza». Ahora más bien, por ejemplo, la revista *Journal of Democracy*, en su volumen 14, núm. 2, de abril 2003, tiene una sección titulada «Las ilusiones perdidas de América Latina».

7. Una de las expresiones de esto es la migración de grandes grupos de la población fuera de las fronteras nacionales y la creciente importancia de sus transferencias de dinero para el mantenimiento de las economías de sus países.

Estado y del sistema político, parece también que ya todo ha sido ensayado (descentralización, reformas constitucionales, reformas políticas), y que no hay alternativas capaces de seducir a los ciudadanos. Finalmente, todo esto ocurre en un contexto social con actores más dinámicos y concientes de sus derechos, como consecuencia de las reformas y cambios que ya hemos descrito.

En medio del declive de los partidos tradicionales, la no consolidación de los liderazgos antisistema emergentes, así como del estancamiento de las fuerzas de izquierda históricas, empezaron a desarrollarse nuevas organizaciones de izquierda: en torno a un militar nacionalista como Hugo Chávez en Venezuela u Ollanta Humala en Perú, en torno a los movimientos indígenas en Ecuador y Bolivia, o en torno a un conjunto amplio de organizaciones sociales y ciudadanas en Colombia, que han llegado a ocupar importantes posiciones de gobierno, en diversos niveles. Esta «nueva» izquierda propone cambios radicales a nuestros regímenes políticos, enfatizando la centralidad de mecanismos de democracia participativa y directa, que superen los problemas de las meras «democracias electorales» existentes.⁸ ¿Estamos ante una renovación de la representación política por medio de estas nuevas organizaciones de izquierda? ¿Estamos ante nuevas prácticas políticas que marcan nuevas y mejores formas de representación política?

EL «VIRAJE» A LA IZQUIERDA

Empecemos precisando cuáles son algunos de los alcances del «viraje a la izquierda» ocurrido en los últimos años, dentro de la realidad de los países andinos. Propongo cinco puntos de debate:

Primero, tenemos que delimitar bien de qué estamos hablando, cuáles son los alcances y naturaleza del «viraje a la izquierda». Lo que se puede decir con certeza es que existe una mayor importancia de las organizaciones sociales y políticas que cuestionan las políticas del Consenso de Washington implementadas en nuestros países en los últimos años; y que se trata de un fenómeno nuevo.

Esto se expresa en Colombia en el avance del Polo Democrático (PD) (Luis Garzón obtuvo 6,27% de los votos en las presidenciales de 2002, y Carlos Gaviria 22% en 2006; aunque el PD obtuvo solamente el

8. Sobre el punto, véase Lozano, 2005; Petkoff, 2005; Rodríguez y Barret, 2004; Vilas, 2005.

8% de los escaños en la cámara de diputados ese mismo año, y Álvaro Uribe ganó la elección con el 62,4%); en el triunfo de Lucio Gutiérrez en primera vuelta con el 20,6% en 2002, y de Correa luego de quedar segundo en la primera vuelta presidencial con el 22,8% de los votos en 2006 en Ecuador (no olvidar que Noboa ganó la primera vuelta con el 26,8%); en el 30,6% de Ollanta Humala en Perú en 2006 (aunque perdió en la segunda vuelta con Alan García); en la reelección con el 62,8% de Hugo Chávez en Venezuela y su control total de la Asamblea Nacional en 2006; y con el 20,9% de Evo Morales en 2002, y con su triunfo con el 53,7% de los votos en la elección presidencial de 2005, y en el más del 50% de los votos del MAS (Movimiento al Socialismo) en la Asamblea Constituyente. Todo esto se enmarca, como sabemos, en un contexto regional más amplio.

La idea aquí es no perder de vista que se trata de un *aumento* en la votación de grupos que muy gruesamente podríamos calificar como de izquierda, pero esto no necesariamente implica que se trate de grupos que ganen elecciones, y por lo tanto no ocupan posiciones de gobierno (otros grupos no de izquierda también aumentan sus votaciones y ganan elecciones, como en Colombia con Uribe y García en Perú), o que tengan un mínimo de consistencia que les aseguren cierta continuidad (Correa en Ecuador); en este sentido, solo en Venezuela y Bolivia sugieren la presencia de una fuerza consolidada.

Este aumento marca un cambio respecto al escenario de la década de los años noventa, tanto en dinámica como en qué grupos representan a la izquierda en cada uno de los países. Antes hablábamos del MAS o La Causa Radical en Venezuela; del M-19 en Colombia; del Movimiento Popular Democrático (MPD) o Pachakutik en Ecuador; del Movimiento Democrático de Izquierda (MDI) o Movimiento Nueva Izquierda (MNI) en Perú; o del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) en Bolivia. Estos grupos se enfrentaban a un contexto muy adverso, y sus limitaciones se expresaban en la presencia de líderes populistas y movimientos extrasistémicos que les disputaban el espacio «contestatario» frente al orden imperante, como, típicamente, los casos de CONDEPA (Conciencia de la Patria) o Unión Cívica Solidaridad (UCS) en Bolivia; o Antanas Mockus en Colombia, y Fredy Ehlers en Ecuador. Cerca de este campo podemos ubicar también a líderes más sistémicos, pero que desarrollan discursos «antipolíticos», como claramente Rafael Caldera en Venezuela o Alberto Andrade en Perú.

Finalmente, otro asunto importante es que, si bien el «resurgi-

miento» reciente de la izquierda es una suerte de reacción a los límites de las políticas del Consenso de Washington, no perdamos de vista que este resurgimiento se da en un contexto de recuperación y crecimiento económico, posterior a la crisis 1998-2002, no de crisis. Habría que explorar en cada caso qué relaciones se pueden establecer entre la crisis, la recuperación y los alcances y naturaleza del resurgimiento de la izquierda. Por lo pronto, parece claro que la prosperidad mejora las posibilidades de consolidación de todos los gobiernos electos alrededor de las elecciones de 2006.

Segundo, es muy importante atender la relación entre las fuerzas *políticas* y las fuerzas *sociales* vinculadas a la izquierda. Mi hipótesis es que el tipo de relación entre ambas, o la inexistencia de ella, marca profundamente la naturaleza de la presencia de la izquierda. En algunos países, la oposición a las políticas «neoliberales» no vino de la política, sino de los movimientos sociales. Claramente, Ecuador, a través de los movimientos indígenas y ciudadanos; Bolivia, con el sindicalismo cocalero y otros movimientos sociales, también indígenas; Colombia, con el movimiento sindical. Por el contrario, en los casos de Venezuela y Perú (con Humala), estamos ante líderes personalistas y fuertemente autoritarios, donde no hay prácticamente relación con movimientos sociales: esto nos permitiría afirmar que, cuando no hay relación orgánica con éstos, tiende a producirse una relación líder-masa propia de esquemas populistas. El caso de Ecuador es un caso interesante que parece confirmar esta hipótesis. La CONAIE y Pachakutik, actores importantes en la década de los años noventa, que democratizaron el sistema político ecuatoriano, nunca lograron tener una opción de poder y un candidato presidencial propio, y la alianza que establecieron con Gutiérrez en 2002, un líder extrasistémico, les resultó muy costosa. Esto ha hecho que el liderazgo de Correa tenga gran autonomía respecto a los movimientos sociales. En Colombia y Bolivia la relación orgánica entre el PD y el MAS con los movimientos sociales le da mucha más estabilidad y consistencia a los liderazgos de Gaviria o Morales. En todo caso, allí los problemas son de otra índole: los problemas típicos de cómo compatibilizar la agenda de una lógica de movimiento social con una agenda de movimiento político. En el caso boliviano, habría que añadir el desafío de hacer compatibles demandas indianistas y demandas identitarias étnicas con la lógica democrática ciudadana.

La relación entre movimientos sociales e izquierda política tiene otra faceta interesante, que vale la pena explorar detenidamente: de qué manera las fuerzas tradicionales de izquierda, descolocadas en la

década de los años noventa, se «reconvierten» y tratan de relanzarse adoptando estratégicamente nuevas banderas; para el caso de los países andinos, la conversión de la izquierda adoptando discursos étnicos es realmente relevante. La centralidad de las reivindicaciones étnicas, como parte de un discurso más amplio en contra del neoliberalismo, la globalización y los intereses de los Estados Unidos puede analizarse como una combinación entre avances en la reivindicación de identidades tradicionales, pero también como una estrategia que permite construir nuevas hegemonías. En Ecuador, Bolivia y Perú, tenemos evidencia de esta combinación entre identidad y estrategia. Considérese por ejemplo los cambios en el discurso político de Evo Morales, quien durante muchos años enfatizó un discurso clasista, sindicalista, y recién en los últimos años resalta su identidad indígena; lo mismo respecto a la reconversión de amplios sectores de izquierda, tradicionalmente clasistas, detrás de las banderas étnicas del Movimiento Pachakutik; o los cambios en el discurso de CONACAMI (Confederación Nacional de Comunidades Afectadas por la Minería) en el Perú, que utiliza el discurso étnico para intentar mejorar sus capacidades de negociación ante las empresas mineras. Este tema es importante porque nos lleva a las tensiones y contradicciones al interior de las fuerzas políticas de izquierda vinculadas a movimientos sociales con reivindicaciones étnicas. Estos conflictos resultan particularmente importantes para entender al gobierno del MAS (¿por qué Morales sigue ahora este discurso étnico? La hipótesis es que apela y busca movilizar a los sectores del altiplano, en la confrontación frente al oriente).

Tercero, hablar de resurgimiento de la «izquierda» es problemático. Es claro que los grupos políticos de los que hemos hablado *ocupan* el espacio de izquierda en la cartografía política. Sin embargo, si consideramos los contenidos de sus propuestas, así como sus prácticas, no necesariamente lo son; además, todo depende de cómo definamos en qué consiste ser de izquierda. Un criterio práctico para dirimir estas disputas es analizar las relaciones entre los grupos «tradicionales» de izquierda y estas nuevas izquierdas, y veremos que no siempre son armónicas.

Desde este ángulo, encontramos continuidades claras entre la izquierda tradicional colombiana y el proyecto del PD. En Bolivia, la cosa no es tan clara: después del descalabro del gobierno de la Unidad Democrática Popular (UDP, 1982-1985) y del desprestigio del MIR, hizo que lo más significativo de la izquierda se expresara no en lo político sino en lo social, y este movimiento hoy se expresa

en el MAS. En los demás casos la cosa es aún más problemática. En Ecuador, hay dos rupturas con la tradición expresada en el MDP: la primera es la del movimiento Pachakutik. Este movimiento intentó representar a la izquierda sobre la base de la fortaleza del movimiento social indígena, pero por supuesto tenemos las tensiones entre una plataforma clasista y otra étnica. Pero hay una segunda ruptura: el proyecto de Pachakutik no rindió frutos, como lo expresa elocuentemente la mala experiencia de la alianza con Lucio Gutiérrez en 2002, así como el 2,19% de los votos obtenidos por Luis Macas en la elección presidencial de 2006. El gobierno de Correa, por ello, es altamente personalista. En la misma línea, los casos del chavismo venezolano y del humalismo peruano están signados por la ruptura. El proyecto inicial de Chávez, expresado en el Movimiento Bolivariano 200, se desarrolló sin vínculos con la izquierda, y es sólo en el camino que fuerzas provenientes del Partido Comunista Venezolano, La Causa Radical, Patria para Todos y el MAS se suman a un proyecto altamente personalista. En Perú otro tanto: el proyecto etnocacerista primero, y el nacionalista de Ollanta Humala después, se desarrollan sin relación con la izquierda tradicional. La llegada de diversos sectores de izquierda se dio recién con miras a la campaña electoral de 2006.

En suma, solamente en Colombia hay una relación orgánica entre la «nueva» izquierda y la izquierda tradicional. En Bolivia hay cierta continuidad, pero a través de la presencia del movimiento social. En Ecuador, Venezuela y Perú, la izquierda tradicional parece tener que optar entre la soledad testimonial y el seguidismo de proyectos personalistas con fuertes componentes populistas. Algunos sectores de la izquierda tradicional se resisten a asociarse con una experiencia que les resulta ajena, otros entran con dudas, concientes de los riesgos pero motivados porque «las masas están allí»; y otros entran con entusiasmo y expectativas de poder convertirse en el futuro en conductores del movimiento (así como gozar de los beneficios del poder). Este dilema lo planteó Liliana de Riz para el caso argentino, para las relaciones entre la izquierda y las variantes de izquierda del peronismo.

Cuarto. Mirando el panorama general, encontramos entonces que las políticas del Consenso de Washington han generado descontento; la pregunta clave es qué formas específicas adopta este descontento, qué papel ocupan las fuerzas de izquierda en todo esto y cómo se estructura el sistema de partidos en su conjunto, para lo cual tenemos que mirar un panorama más amplio. En Colombia la izquierda ha te-

nido un avance importante, pero el hecho político más significativo es la reelección de Álvaro Uribe y el declive progresivo de los partidos liberal y conservador; ¿podría la crisis del bipartidismo dar paso a la consolidación de una tercera fuerza de izquierda, como ocurrió en Uruguay? Se pueden hacer paralelos sugerentes entre el Frente Amplio y el Polo Democrático (idea sugerida por Jorge Lanzaro). En Ecuador el avance de la izquierda se da en un contexto de fuerte crisis de los partidos, del sistema político en su conjunto, de extrema fragilidad institucional, de fuertes tradiciones populistas; esto hace que las iniciativas del Presidente Correa deban ser tomadas con suma cautela. En Perú, debe considerarse que Ollanta Humala ganó la primera vuelta presidencial con el 30,61% (abril 2006), pero perdió la segunda vuelta ante Alan García (52,62% frente al 47,38%, en junio); y que en las últimas elecciones regionales y locales (noviembre 2006) el Partido Nacionalista obtuvo apenas el 8% de los votos regionales (no obtuvo ninguna presidencia regional), y el 6% de los votos nacionales en la elección de alcaldes provinciales, ganando apenas 10 de 155 candidatos que presentaron (de un total de 195 alcaldías en disputa). Bolivia y Venezuela aparecen como los dos únicos casos con perspectivas de consolidación.

Aquí es importante considerar también la historia política previa. En Colombia y Bolivia encontramos movimientos con procesos de acumulación, una historia de avances y consolidación gradual. En Ecuador, encontramos que el resurgimiento expresado en el gobierno de Correa tiene como antecedente el fracaso de la alianza entre el Presidente Gutiérrez y Pachakutik, de allí que Correa muestre gran autonomía respecto a los movimientos sociales. En Perú, el carácter de *outsider* de Ollanta Humala, su falta de experiencia política previa, habla mucho de lo precario e improvisado de su movimiento y permite entender su debilidad actual. En Venezuela, la irrupción del chavismo se da en el marco de la larga descomposición del bipartidismo tradicional; que no sigue un camino de democratización gradual, como hubiera ocurrido con la consolidación del MAS o LCR, sino que colapsa. Este colapso con la hegemonía del chavismo pone sobre la agenda la discusión de la posibilidad del establecimiento de un régimen autoritario, como veremos a continuación.

Quinto, sobre los desafíos que se presentan en el futuro para las izquierdas en todos los países, gruesamente encontramos, a mi juicio, dos grandes tipos de desafíos: uno tiene que ver con la relación entre la izquierda política y los movimientos sociales; el otro con la ubicación de la izquierda en el conjunto del sistema político.

Respecto a lo primero. En algunos casos las izquierdas políticas emergentes tienen relación con movimientos sociales relativamente fuertes, en cierto modo son su expresión «orgánica» (PD en Colombia y MAS en Bolivia). Aquí la pregunta clásica se refiere a la relación entre lo social y lo político. Lo social es expresivo, el mundo de la acción directa, de las demandas particulares y corporativas; lo político se juega más bien en el espacio de la representación, donde de lo que se trata es de la agregación de preferencias. Además, para complicar más las cosas, está cómo compatibilizar las demandas e identidades étnicas con una plataforma más clasista, como en el caso del MAS; más todavía cuando en Bolivia hay propuestas *indianistas* muy radicales, que cuestionan al Estado boliviano y proponen una reestructuración estatal que de cuenta de la nación aymara. Esto por ejemplo se expresó elocuentemente en los debates sobre la forma que debió asumir la asamblea constituyente: según algunos, la asamblea debía organizarse de modo que representara a los diversos grupos étnicos, según otros debía representar corporativamente a los diversos gremios y organizaciones sociales; finalmente, el gobierno optó por una representación a través de partidos políticos, generando el rechazo de algunos sectores del MAS.

De otro lado, cuando no existe una relación orgánica entre las fuerzas políticas de izquierda emergentes y los movimientos sociales, tiende a desarrollarse una dinámica líder-masas muy caudillista, que emparenta estos casos con dinámicas populistas. Claramente, el caso de Chávez en Venezuela; Correa en Ecuador, Humala en Perú. Si a esto sumamos la existencia de un sistema político inestable y volátil, como en los dos últimos casos, las perspectivas futuras son muy inciertas.

Respecto a lo segundo. En algunos casos, tenemos sistemas políticos relativamente «cerrados», en donde el avance de la izquierda aparece democratizando el sistema, como en Colombia. Otros casos muestran sistemas políticos muy inestables, sistemas de partidos en crisis permanente, allí el significado del avance de las fuerzas de izquierda es incierto (Ecuador, Perú); pueden llevar a perpetuar la inestabilidad y los problemas institucionales, ahondando los problemas de legitimidad del sistema, o pueden en efecto democratizarlo. Todo depende del rumbo que tomen los liderazgos que encabezan esta emergencia de la izquierda, que como hemos visto, tienen fuertes componentes populistas. En Ecuador, los acontecimientos recientes (destitución de congresistas por el Tribunal Electoral, destitución de los miembros del Tribunal por el Congreso, fallo del Tribunal Constitucional a favor de los defenestrados, pero desacato abierto

del poder ejecutivo y destitución de los jueces del tribunal) es una muestra elocuente del *impasse* que genera la debilidad institucional. En Perú, la debilidad de la izquierda, la crisis interna del humalismo está haciendo que el gobierno de Alan García haya relegado los temas sociales y esté siguiendo un modelo de gobierno muy conservador.

Finalmente, están los casos de Venezuela y Bolivia. Aquí estamos ante dos fuerzas que se han convertido en actores hegemónicos. Lo que ha implicado cada caso varía de si el actor hegemónico respeta mínimamente los derechos de la oposición y reglas de juego institucionales, o si por el contrario utiliza su posición hegemónica para construir un gobierno autoritario (autoritarismos competitivos).

En Venezuela, donde el gobierno controla el 100% de la representación de la Asamblea Nacional (aun cuando el candidato opositor en las elecciones presidenciales obtuvo cerca del 40% de los votos), y donde ahora se discute la constitución de un Partido Único de la Revolución (PSUV), es evidente que el riesgo es el autoritarismo; de corte personalista, porque, como vimos, el chavismo no tiene vínculos orgánicos con movimientos sociales fuertes. Recientemente, se discute una propuesta de reforma constitucional que establece, como era previsible, la reelección presidencial indefinida. Si bien puede ser comprensible la búsqueda de una nueva forma de régimen político, que exprese el carácter de la nueva hegemonía política, bajo formas «participativas y protagónicas», esto puede terminar enmascarando un autoritarismo de izquierda muy convencional.

En Bolivia, la hegemonía del MAS no ha roto con el respeto a los marcos institucionales, como ha quedado evidenciado con la elección de prefectos, el funcionamiento del Congreso y la Asamblea Constituyente. Detrás de esto, sin duda, se encuentra una mayor fortaleza relativa de la oposición. Sin embargo, existe el riesgo de que se busque, después de la aprobación de la nueva Constitución, seguir un camino similar al venezolano. En todo caso, el hegemonismo del MAS, si bien tiene un componente personalista, también es cierto que éste se encuentra contrapesado por la vinculación de Morales y el MAS con los movimientos sociales, que imponen restricciones importantes.

DILEMAS IRRESOLUTOS

El avance de las fuerzas de izquierda, así como su capacidad de renovar la representación política, dependerá de su capacidad de en-

frentar con éxito algunos dilemas que se le presentan, y que requieren definiciones claras. El primero opone el funcionamiento de una lógica «clasista» tradicional a una nacional-étnica; el segundo opone la lógica del movimiento social con la del movimiento político; y la tercera, la apuesta por formas de democracia directa con las lógicas propias de la democracia liberal representativa.

Respecto a lo primero, tenemos a una izquierda que tradicionalmente cuestionó al orden social privilegiando el protagonismo de actores definidos sobre la base de su ubicación en la estructura de producción capitalista, particularmente la clase obrera vinculada a la gran producción industrial. Sin embargo, en los últimos años, las posiciones de izquierda han logrado revitalizarse sobre nuevos ejes, cuya confluencia con los anteriores está todavía por definirse: por ejemplo, la reivindicación de banderas nacionales o étnicas. Ha sido más fácil sumar a las demandas y banderas tradicionales el rechazo a una globalización hegemónica por los poderes dominantes mundiales, y desde este ángulo reivindicar la autonomía de los Estados nacionales de la periferia; sin embargo, la cosa es más difícil cuando se trata de asumir una agenda con reivindicaciones étnicas.

Tradicionalmente, las izquierdas subordinaron esta temática a la de las clases sociales y consideraron las reivindicaciones étnicas como una suerte de «contradicción secundaria» con el sistema. De hecho, en Ecuador y sobre todo en Bolivia durante el primer gobierno de Sánchez de Lozada, se dio una convergencia entre reformas neoliberales y la implementación de políticas que reivindicaban los derechos de la población indígena;⁹ la política de reconocimiento de derechos culturales e identitarios resultaba una estrategia de legitimación del sistema en un contexto en el que las políticas de distribución populistas tradicionales no estaban al alcance. Sin embargo, las oportunidades abiertas por estas iniciativas permitieron la acción de un conjunto de operadores sociales y políticos que desplazaron su eje de acción de los gremios y actores tradicionales a las nuevas organizaciones indígenas, y potenciaron sus procesos de organización y capacidades de movilización y acción colectiva (Tanaka, 2006b). Esto fue clave para que, en el contexto de las políticas neoliberales y del debilitamiento de la izquierda tradicional y los actores sociales que privilegiaron históricamente, surgiera un nuevo tipo de movilización entre los sectores populares, sobre la base de reivindicaciones étnicas y culturales. De hecho, postulo que existe una relación entre el debili-

9. Véase entre otros Albó, 1993; y Van Cott, 2000.

tamiento de la izquierda clasista y la emergencia de reivindicaciones étnicas, y que es precisamente la mayor fortaleza de la izquierda clasista en el Perú en la década de los ochenta la que explica la ausencia de un movimiento indígena vigoroso en este país (Tanaka, 2003).¹⁰

Esto implica que existe una tensión entre las banderas históricas de la izquierda clasista y las basadas en una política de la identidad, expresadas en los conflictos entre movimientos como el MDP y Pachakutik en Ecuador, entre la COB, el MAS y el Movimiento Indígena Pachakutik (MIP) en Bolivia, o entre el Partido Socialista y el Partido Nacionalista en el Perú. Para unos, la izquierda tradicional olvidó y menospreció a sectores excluidos y fundamentales de esos países; para otros, expresó sus intereses a través de su identidad de clase, como campesinos. La pregunta queda sin responder: ¿hasta qué punto las nuevas formas de movilización basadas en elementos étnicos e identitarios cuestionan el fondo del orden capitalista? ¿Se trata de un cuestionamiento más integral, más radical, o por el contrario se cae en un particularismo y en una fragmentación de las demandas populares?

Un segundo gran dilema irresuelto para la izquierda es cómo dar el paso de una lógica de movimiento social, que permite tener una identidad más definida y coherente, basadas en prácticas de oposición y confrontación, pero que tiene el límite de no contar con las herramientas que da el manejo del Estado, a una lógica de movimiento político, en la cual se pueden aprovechar las políticas públicas, pero al mismo tiempo implica inevitablemente entrar en procesos de negociación y acuerdo, tener que buscar adhesiones más amplias, con lo que las identidades originales se ven sometidas a grandes tensiones. Este problema es más marcado cuando la base de la identidad está marcada por un fuerte rechazo al ámbito político institucional o cuando se apela a un sentimiento tan primordial como la etnicidad o la cultura. Una manifestación de este dilema podemos observarla en los conflictos internos que enfrenta el Polo Democrático en Colombia, organización construida sobre la base de movimientos sociales y gremios con un fuerte perfil antiestatal y de rechazo a la política partidaria tradicional.¹¹ Más claramente aun, podemos verla

10. Véase también López, 2000; Pajuelo, 2005.

11. En la fundación del PD participaron gremios como la Confederación General del Trabajo (CGT), la Federación Colombiana de Educadores (FECODE); y una gran diversidad de organizaciones cívicas con demandas de género, por la paz, defensa de los derechos humanos, etcétera.

en los desafíos que enfrenta el nuevo gobierno de Evo Morales y del MAS en Bolivia. De un lado, tenemos la base del movimiento cocalero y otros movimientos y gremios con una tradición de confrontación fuertemente antisistema, y del otro las expectativas mucho más moderadas de sectores más amplios que explican el triunfo en primera vuelta de Morales en las últimas elecciones.

Es muy llamativo cómo el MAS logró pasar, en poco tiempo, de una lógica puramente de movilización y confrontación, anclada en actores sociales con identidades muy cerradas, que fue fundamental para la caída de los gobiernos de Banzer y Sánchez de Lozada,¹² a una exitosa lógica electoral, para lo cual logró ampliar su convocatoria también a los sectores medios y a otros sectores mucho más de centro. Se trata de plataformas de sostenimiento programático sumamente distintas. De otro lado, está el desafío de pasar de una lógica puramente confrontacional y de oposición, que buscaba «agudizar las contradicciones del sistema», a una lógica en la que asegurar mínimos niveles de gobernabilidad y estabilidad constituye un requisito indispensable para el éxito de una gestión gubernativa. Morales y el MAS, sin embargo, han llegado al gobierno nacional sin la necesaria experiencia en el manejo del sector público, y carecen de propuestas bien elaboradas, que han tenido que ir construyendo sobre la marcha, por lo que el rumbo de su gobierno aparece sumamente incierto.

Un tercer dilema irresuelto es el que opone la actuación dentro de los marcos de la democracia representativa y la búsqueda de «otras» formas de democracia, directa y participativa, que pueden erosionar el marco básico democrático, el pluralismo político, los equilibrios esenciales a una democracia; la tensión entre la búsqueda del poder y la hegemonía política, necesarias para impulsar «cambios revolucionarios» y, del otro, la necesidad de preservar el carácter democrático de la izquierda, para así evitar caer en la construcción de nuevos regímenes autoritarios. Piénsese por ejemplo en algunas propuestas del MAS, de construcción de una representación política sobre bases corporativas o étnicas; o en el movimiento indígena ecuatoriano cuando apoyó el golpe de Estado de Lucio Gutiérrez en enero de 2000, expresivos ambos de las ambigüedades de la izquierda frente a la democracia. Pero sin duda este dilema se manifiesta de la manera más elocuente en Venezuela bajo la «revolución boliviana» del presidente Chávez. En este país, el chavismo ha logrado en los últimos años,

12. Sobre las protestas en Bolivia en los últimos años, véase Crabtree, 2005; Patzi, 2005; García, 2004, entre otros.

en medio de un escenario político polarizado e inestable, erigirse en una fuerza hegemónica, con un importante respaldo popular, gracias al desarrollo de programas sociales financiados con los recursos de la economía petrolera. La fortaleza electoral del chavismo le permitió controlar la Asamblea Constituyente de 1998 y el Congreso, y por medio del control de estas instituciones, refundar el conjunto del régimen político bajo su égida. Ello ha llevado en la práctica a terminar con los equilibrios, contrapesos y el pluralismo inherente a toda democracia, lo que permite que el gobierno de Chávez actúe de maneras abiertamente autoritarias, y desarrolle políticas de corte más clientelar antes que «revolucionarias» en su relación con la población.¹³

¿Cuál es la relación entre izquierda y democracia? Es una pregunta pertinente para todas las izquierdas del continente. Ciertamente las democracias «realmente existentes» en América Latina tienen problemas serios de legitimidad, por lo que resulta válido explorar «nuevas formas» de democracia, que incorporen mecanismos de democracia directa y participativa, que permitan «acercar» las instituciones del régimen político a los ciudadanos. Sin embargo, la izquierda suele *oponer* la participación de organizaciones sociales y gremios a la acción de los partidos y de las instituciones representativas, obviando que las instituciones de la sociedad civil también están afectadas por muchos de los vicios que se atribuyen a los partidos, con lo que se sigue un camino que termina en esquemas autoritarios y aun menos legítimos.

PERSONALISMOS Y CONSISTENCIA DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS

Para concluir: ciertamente existe un serio problema de representación política en los países andinos, y diversas propuestas políticas cuestionan los sistemas políticos actuales, entre ellas las fuerzas de izquierda. Ya vimos cómo los intentos de renovar la representación política enfrentan serios dilemas y desafíos. Ahora bien, ¿qué hacer entonces frente a los problemas de representación política? ¿Qué factores o variables inciden en el logro de mejoras en la representación? ¿Qué lecciones nos deja el análisis de las experiencias recientes en nuestros países?

13. Véase Hsieh, Chang-Tai y otros, 2007, entre muchos otros.

Analicemos el escenario regional, los avances de fuerzas críticas con el neoliberalismo, y qué variables inciden en la diversidad de situaciones que se pueden registrar, para darles algún principio de inteligibilidad. Encontramos dos variables clave: de un lado, está el grado de personalismo de los líderes que encabezan los gobiernos que pretenden renovar la representación cuestionando el modelo neoliberal. Hay en un extremo líderes altamente personalistas, que no tienen partidos políticos sólidos de respaldo, o toman distancia de los mismos; que no tienen bases de apoyo claramente identificadas en sectores u organizaciones específicas, sino en un difuso apoyo no articulado, que se presta a una relación líder-masa populista. En el otro extremo, tenemos líderes cuyas agendas y acciones corresponden a demandas o plataformas políticas surgidas de un movimiento político o social más amplio, cuyo liderazgo responde a la capacidad de expresar en el plano político-electoral programas o posiciones ideológicas o sociales-sectoriales. Otra variable clave es la consistencia de las instituciones democráticas; de un lado, tenemos contextos en los cuales existe una institucionalidad democrática más asentada, con equilibrios entre los poderes del Estado, instituciones autónomas, no dependientes de los gobiernos de turno; del otro, tenemos países con una institucionalidad democrática deslegitimada, en los que líderes con discursos fundacionales pretenden reorganizar e intervenir en los otros poderes con un importante aplauso popular.

Sobre la base de ambas variables, podemos distinguir cuatro situaciones. En una de ellas, tenemos una combinación de liderazgos que responden a movimientos sociales, que actúan en contextos institucionales relativamente más estables. Sería, por así decirlo, la situación que permite que el avance de fuerzas políticas renovadoras ocurra en un contexto de mayor estabilidad. En este cuadro podríamos ubicar casos como los de los Presidentes Lula en Brasil, Vázquez en Uruguay, e incluso la situación del Polo Democrático Independiente en Colombia. El liderazgo de Lula es expresión de un largo proceso de construcción partidaria (PT), que tuvo como base fundamental al sindicalismo paulista; el de Tabaré Vázquez es expresión de un largo proceso de construcción política, que se expresa en el Frente Amplio, que a su vez reúne un amplio conjunto de grupos políticos y organizaciones sociales. El PDI en Colombia es la expresión política de diversos sindicatos, gremios y movimientos sociales. En todos estos casos existe una institucionalidad estatal más estable, o un sistema político que asegura el mantenimiento de equilibrios mínimos entre diversas fuerzas, lo que permite una

democratización del sistema político, pero evitando un colapso institucional.

Una segunda situación, en el extremo opuesto, ubica a líderes altamente personalistas, desvinculados de grupos políticos o sociales bien definidos, en contextos de precariedad institucional. Esta situación da margen para altos niveles de discrecionalidad o arbitrariedad. Aquí podemos ubicar liderazgos que apelan a discursos antisistema, ya sea de izquierda como de derecha, aprovechando los problemas de legitimidad de las instituciones. Aquí podemos ubicar a líderes como Chávez en Venezuela o Correa en Ecuador; también casos como los de los Presidentes Gutiérrez en Ecuador o Fujimori en Perú. De estos cuatro, cabe decir que el caso de Chávez es el que más se acerca a la construcción de algún proyecto partidario, a diferencia de todos los demás, que entraron a la arena política a través de movimientos organizados para participar en elecciones. Después de encabezar la insurrección contra el Gobierno de Carlos Andrés Pérez en 1992, Chávez trabajó en la constitución del Movimiento Bolivariano 200 (MB200), y luego el Movimiento Quinta República. Desde su llegada al poder, el movimiento incorporó a sectores de otros grupos de izquierda, como el MAS y el PPT. Sin embargo, el ejercicio del poder por parte de Chávez se ha caracterizado por un personalismo extremo, que no responde a alianzas o pactos políticos, y que, antes que responder a bases sociales constituidas, más bien lleva adelante una construcción de apoyo social «desde arriba». La debilidad de las instituciones hace que sea fácil que estos líderes caigan en prácticas autoritarias.

Luego tenemos dos tipos de situaciones intermedias. En una de ellas tenemos liderazgos con tendencias personalistas, pero ubicados en contextos institucionales más fuertes, que hacen que éstos no lleguen a romper una dinámica democrática: serían los casos de los Presidentes Bachelet en Chile o Uribe en Colombia. Ambos presentan rasgos de personalismo, con diversos grados, aunque provengan de partidos tradicionales: el socialista en el caso de Bachelet, y el Liberal en el de Uribe. Al mismo tiempo, ambos gobiernan encabezando alianzas partidarias, la Concertación en Chile y una coalición de diversos grupos, que incluyen al Partido Conservador y sectores importantes del liberalismo en Colombia. A pesar de ello, sus liderazgos han sido construidos en contraposición con los partidos tradicionales, se han presentado como líderes renovadores y alternativos a la continuidad del orden imperante. Bachelet, siendo candidata de la Concertación y militante del Partido Socialista, llevó adelante su campaña con una estrategia de marcar distancias con el

establishment de la Concertación, y de presentarse como una líder cercana al ciudadano de a pie, no a la clase política. Por su lado, Uribe encabezó un movimiento disidente del Partido Liberal, y rápidamente hizo de su lucha contra la «politiquería» un elemento central de su discurso. Sin embargo, al operar estos líderes en contextos más institucionalizados, no llegan a romper con las dinámicas imperantes. En el caso de Bachelet, resultó claro que para gobernar requería del apoyo de los partidos de la Concertación; en el caso de Uribe, tenemos un Presidente que intentó llevar a cabo acciones que consolidaran un poder personalista en desmedro de las instituciones, pero fracasó en sus intentos: Uribe buscó cerrar el Congreso, tuvo iniciativas que buscaron limitar la autonomía del poder judicial, la Corte Constitucional, atacó a los partidos tradicionales, pero, al menos hasta el momento, no ha logrado quebrar los equilibrios políticos e institucionales que rigen el funcionamiento de la democracia colombiana.

Finalmente, tendríamos Presidentes más fuertemente vinculados a movimientos políticos o sociales constituidos, que operan en contextos institucionales débiles: en la región, el caso del Presidente Morales se ajustaría a este cuadro. Morales es el líder del Movimiento al Socialismo, organización concebida como «instrumento político» de un conjunto de organizaciones sociales; si bien en el poder Morales muestra altos niveles de autonomía respecto a las organizaciones sociales constituyentes del MAS, es claro que la base de su liderazgo y legitimidad está en seguir las aspiraciones y demandas del movimiento que lo condujo al poder. De otro lado, Morales actúa en el contexto de un orden institucional extremadamente frágil, cuyos problemas de legitimidad han permitido que se instaure una lógica fundacional del régimen político. Sin embargo, hasta el momento, la existencia de poderes de facto, expresados principalmente en poderes regionales, ha logrado evitar que la lógica fundacional impulsada desde el gobierno caiga en una dinámica como la registrada en Venezuela con Chávez.

La conclusión, una vez más, es que los intentos de mejorar la representación política, y el cuestionamiento a los regímenes y sistemas políticos imperantes, pueden descarrilarse debido a la intervención de liderazgos excesivamente personalistas, que no representan intereses y demandas políticas o sociales definidas, con lo que fácilmente puede caerse en prácticas arbitrarias y en mecanismos populistas de relación entre líderes y masas; y cuando los intentos democratizadores y fundacionales del régimen político quiebran los mínimos equi-

libros institucionales y el pluralismo necesario para que podamos mantener la esencia de un régimen democrático.

REFERENCIAS

- ALBÓ, Xavier. (1993). *¿Y de Kataristas a MNRistas? La sorprendente y audaz alianza entre aymaras y neoliberales en Bolivia*. La Paz: Cedoin-Unitas.
- COLLIER, Ruth y David COLLIER. (1991). *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- CRABTREE, John. (2005). *Perfiles de la protesta. Política y movimientos sociales en Bolivia*. La Paz: PIEB.
- EDWARDS, Sebastián. (1995). *Crisis and Reform in Latin America. From Despair to Hope*. Washington: World Bank. Oxford University Press.
- GARCÍA, Alvaro (coord.) (2004). *Sociología de los movimientos sociales*. La Paz: Diakonía, OXFAM.
- GARRETÓN, Manuel Antonio y otros. (2003). *Latin America in the Twenty-First Century: Toward a New Sociopolitical Matrix*. Miami: North-South Center Press.
- HAUSMANN, Ricardo. (2003). «La crisis de esperanza de América Latina». *Foreign Affairs en español*, enero-marzo.
- HSIEH, Chang-Tai y otros. (2007). «The Price of Political Opposition: Evidence from Venezuela's *Maisanta*». Documento inédito.
- KUCZYNSKI, Pedro Pablo y John WILLIAMSON (eds.) (2003). *After the Washington Consensus. Restarting Growth and Reform in Latin America*. Washington: Institute for International Economics.
- LÓPEZ, Silesio. (2000). «Democracia y participación indígena: el caso peruano». En Fernando García (coord.), *Las sociedades interculturales: un desafío para el siglo XXI*. Quito: Flacso.
- LOZANO, Wilfredo. (2005). «La izquierda latinoamericana en el poder». *Nueva Sociedad*, núm. 197, mayo-junio (pp. 129-145).
- MORLEY, Samuel, Roberto MACHADO y Stefano PETTINATO. (1999). *Indexes of Structural Reform in Latin America*. Santiago: Cepal.
- OCAMPO, José Antonio. (2003). *Balance preliminar. América Latina y el Caribe en el 2002*. Santiago: Cepal.
- PAJUELO, Ramón. (2005). «Política, etnicidad y organizaciones indígenas: lecciones de la experiencia peruana». En Jorge León y otros, *Participación política, democracia y movimientos indígenas en los Andes* (pp. 109-134). La Paz: IFEA-PIEB.

- PATZI, Félix. (2005). «La revuelta indígena en defensa del gas y el derrocamiento del Gonzalo Sánchez de Lozada». En Jorge León y otros, *Participación política, democracia y movimientos indígenas en los Andes* (pp. 39-51). La Paz: IFEA-PIEB.
- PETKOFF, Teodoro. (2005). «Las dos izquierdas». *Nueva Sociedad*, 197: 114-128.
- ROBERTS, Kenneth. (1995). «Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America». *World Politics*, 48 (1): 82-116.
- RODRÍGUEZ, César y Patrick BARRETT. (2004). «¿La utopía revivida? Introducción al estudio de la nueva izquierda latinoamericana». En César Rodríguez, Patrick Barrett y Daniel Chávez (eds.), *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura* (pp. 15-65). Bogotá: Norma.
- TANAKA, Martín. (2003). *La situación de la democracia en Bolivia, Chile y Ecuador a inicios de siglo*. Lima: Comisión Andina de Juristas.
- . (2006a). «El agotamiento del modelo neoliberal y el resurgimiento de la izquierda en los países andinos». En Pedro Pérez Herrero (editor), *La «izquierda» en América Latina* (pp. 253-272). Madrid: Pablo Iglesias.
- . (2006b). «Los sistemas de partidos en los países andinos, 1980-2005: reformismo institucional, autoritarismos competitivos y los desafíos actuales». Working Paper 324, del Helen Kellogg Institute for International Studies de la Universidad de Notre Dame, Indiana.
- . (2006c). «From Crisis to Collapse of the Party Systems and Dilemmas of Democratic Representation: Peru and Venezuela». En Scott Mainwaring, Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro (eds.), *The Crisis of Democratic Representation in the Andes* (pp. 47-77). Stanford: Stanford University Press.
- VAN COTT, Donna Lee. (2000). «Latin America: Constitutional Reform and Ethnic Right». En *Parliamentary Affairs*, 53 (1).
- VILAS, Carlos. (2005). «La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares». *Nueva Sociedad*, 197: 84-99.
- WEYLAND, Kart. (1996). «Neopopulism and Neoliberalism in Latin America». *Studies in Comparative International Development* 31 (3): 3-31.
- WISE, Carol, Riordan ROETT y Guadalupe PAZ (eds.) (2003). *Post-Stabilization Politics in Latin America: Competition, Transition, Collapse*. Washington: Brookings Institution Press.